

ASIA Y ÁFRICA ACTUALES

LOS LÍMITES INTERNOS A LA POSICIÓN NEGOCIADORA DE LA OLP

SANTIAGO QUINTANA PALI

La posición negociadora de la OLP

LA PREMISA FUNDAMENTAL Y EVIDENTE del poder de negociación palestino estriba en el reconocimiento más o menos generalizado de que una paz duradera y estable en el Medio Oriente sería imposible sin la inclusión de los palestinos. Las demandas palestinas esenciales son el derecho de la repatriación o a la compensación de los refugiados palestinos, los derechos políticos y civiles (hacia el interior de Israel), y el derecho de la autodeterminación (ejercicio de la soberanía nacional en Palestina), que en la presente fase sólo puede ser ejercido en un miniestado palestino en la Cisjordania y en Gaza, vinculado políticamente a la OLP.

Después de las sucesivas crisis libanesas, sólo se acentúan las necesidades objetivas de negociación para la OLP. La medida de "libertad revolucionaria" de la OLP para actuar se vinculaba orgánicamente con el nivel de represalia israelí y de fermento sociopolítico tolerado por los Estados árabes (por cierto, bastante bajo). Esto hace que, más que el poder tecnológico-militar del enemigo, la "revolución" palestina se viera congelada indefinidamente por el represivo contexto árabe. Irónicamente, a nivel internacional se celebraba la "revolución palestina" mediante una solidaridad y apoyo internacional difuso, con poco efecto sobre el único actor capaz de aplicar las presiones necesarias sobre Israel. Desde el momento en que se trata de una negociación, y no de la imposición

unilateral de una serie de demandas, la OLP se ve obligada a introducir modificaciones en su libertad revolucionaria. Para trascender diversidades y tendencias internacionales, buscando mayor reconocimiento, la OLP asume una "moderación" táctica. Este es el problema estratégico fundamental de un movimiento de liberación nacional que, en un contexto de acción restringido, debe utilizar medios políticos para resolver (parcialmente) su lucha revolucionaria. Estos medios políticos se traducen en un problema diplomático cuando la OLP pretende ingresar al sistema internacional con el objetivo de "poseer" a un Estado miembro ya existente y reconocido. El rechazo a un compromiso internacional, dada la capacidad militar limitada de la resistencia y la posición diplomática árabe generalizada, implica necesariamente un aislamiento que sólo acentúa la debilidad de la OLP. Ya en una posición precaria, la OLP se ve orillada a aceptar una solución de compromiso que entraña peligros como la osificación de la "revolución palestina", el reconocimiento a Israel y las medidas de seguridad impuestas por las potencias, la amenaza de represalias "definitivas" en caso de continuar los ataques contra Israel, la creación de patrones de dominación económica israelí como punta de lanza hacia el resto del mundo árabe, etcétera.

El mayor peligro, sin embargo, no es externo, sino que se centra en los posibles efectos del compromiso sobre la cohesión organizativa de la resistencia. Una solución de compromiso que constituye un "conundro" —el menor de los males posibles, la reivindicación del 20% del territorio nacional— una pálida sombra de los objetivos estratégicos finales, promueve una seria pérdida del consenso interno y da pie al secesionismo. Éste, a su vez, erosiona la imagen representativa y legitimizante de la Organización. No obstante, en las condiciones dadas, la OLP debe asumir plenamente este riesgo. En este contexto de acción limitado al terreno político y diplomático, la OLP debe seguir promoviendo su legitimidad internacional, explotando el hecho de que la cuestión palestina opera en la balanza internacional de poder desde 1967 y de que por ello tiene la base para combatir cualquier amenaza de volver al marco pre 1967 como solución al conflicto mesoriental. En

última instancia, los cambios en la relación de fuerzas de los árabes palestinos al interior de Israel, aunados a un fortalecimiento de la Izquierda antisionista israelí, y al proceso de concientización política de los judíos "orientales", son elementos de una "quinta columna" que plantea un mayor peso de la lucha en el terreno sociopolítico que en el militar, en el ataque contra el *establishment* sionista que ha perpetuado el carácter sectario del Estado judío. La consigna del "Estado secular y democrático" propone más argumentos de lucha en el campo político que en el militar. En términos de una "guerra popular de liberación nacional", el colapso de las estructuras sionistas dependerá más de la gestación de un movimiento organizado desde el interior de Israel que de los ataques lanzados desde la base logística de un miniestado.

Oficialmente, de acuerdo con los pronunciamientos de los últimos Consejos Nacionales Palestinos, la posición negociadora de la OLP se circunscribe a una doctrina formal que establece la inexistencia de una paz, un reconocimiento o de negociaciones directas con el Estado de Israel. Sin embargo, al dogma se contraponen la evidencia de una práctica más o menos sostenida, con variaciones dictadas por la coyuntura política y militar en años recientes. Hay observadores (del problema) que consideran que la aceptación explícita de un derecho de Israel a existir, y de un "arreglo político" en la Cisjordania y Gaza como solución al problema palestino, son cuestiones de costo y tiempo, más que de principio para la tendencia dominante en la OLP.¹ La doctrina permanece como una posición para el consumo interno, que no por ello deja de tener una importancia fundamental, ya que representa el nudo mínimo de consenso estratégico en el seno de la Organización.

A partir del 12 Consejo Nacional Palestino (junio de 1974) surge una posición que estipula el establecimiento de una "autoridad nacional independiente y combatiente para el pueblo en toda parte del territorio palestino que sea liberada".

¹ Shaul Mishal, *Inside the PLO: Dilemma and Policy Over a Palestinian State* (1983: manuscrito de próxima publicación por Yale University Press).

En el 13 CNP (marzo de 1977) se atenúan las implicaciones de esta resolución, en un contexto en que la OLP tomaría cualquier parte del territorio palestino sin entrar en un proceso de negociación directa con o reconocimiento de Israel, esto es, sin cesar el "estado de guerra" o renunciar a sus metas estratégicas últimas. En una serie de declaraciones no oficiales a partir de 1977, Arafat y Abu Iyad han tendido a colocar en segundo plano las implicaciones cabales de la meta estratégica del "Estado secular y democrático" en la totalidad del territorio nacional, insistiendo en la meta táctica de crear un Estado palestino en los territorios ocupados de la Cisjordania y Gaza, como una idea promotora de la cruzada diplomática internacional de la OLP. La posición de negociación de Al-Fatah (sustentada también en mayor o menor medida por el Frente Democrático de Liberación Palestina de Hawatimah), como tendencia dominante de la OLP, puede resumirse en la búsqueda del apoyo diplomático para la idea del miniestado, sin asumir frontalmente el costo de hacerle concesiones definitorias y definitivas a Israel. Esta postura no ha podido ir más allá por el temor de Arafat de perder una posición de hegemonía organizativa al alejarse de una posición doctrinal que representa el nudo del consenso organizativo.

La posición de Arafat ha tenido distintos avatares. En un artículo para *Foreign Affairs* en 1978, Walid Khalidi, en su calidad de Director del Instituto de Estudios Palestinos propone una vuelta al Plan de Partición de 1947, lo que implica un reconocimiento a la idea de una solución de dos Estados. Khalid al-Hassan, Presidente del Comité de Asuntos Internacionales del CNP, propone en 1980 una retirada de Israel de los territorios ocupados como base para la solución negociada. En una entrevista publicada por el *New York Times* (13 de julio de 1982) que le hace Uri Avnery (editor de *Haolam Hazeh*, cuya línea busca un entendimiento nacional palestino-israelí), Arafat declara su adhesión al Comunicado Conjunto Soviético-Norteamericano de octubre de 1977 que planteaba una Conferencia de Ginebra para salvaguardar los derechos palestinos y la existencia de Israel (seguridad a todos

los Estados de la región, incluyendo a Israel). Aunque luego se retracta, para Arafat, el Plan Fahd, que reconoce tácitamente a Israel, era también una buena plataforma de negociación política. Por la división al respecto en el campo palestino, así como en el mundo árabe, y la falta de una respuesta positiva por parte de Israel y de Estados Unidos, Arafat (representando concretamente a la tendencia dominante en el seno de la OLP) es bastante ambiguo en las señales que emite respecto al reconocimiento de Israel, ya que se trata de negociar un acuerdo que sea aceptado y que implique el compromiso de la mayoría de las facciones políticas que representan a la opinión palestina. Por otra parte, el liderazgo de la OLP debe tomar una línea de negociación flexible que asegure su supervivencia y credibilidad política en el contexto regional e internacional. Esta "moderación táctica" ha seguido un proceso muy cauteloso para no dar rienda suelta a una reacción por parte de la posición del "rechazo" que niega la solución política a la cuestión palestina. Entre el liderazgo de la OLP, Issam Sartawi, consejero de Arafat en asuntos internacionales, ha tenido la posición más clara sobre el reconocimiento de Israel, que él planteaba en términos de reciprocidad simultánea, después de una retirada de Israel de los territorios ocupados. La posición de Sartawi se situaba dentro de una tendencia táctica de la OLP para primero obtener un reconocimiento norteamericano de la organización y, sobre esta base, sentar la infraestructura para el reconocimiento recíproco con Israel. La Cumbre árabe de Fez (septiembre de 1982) sigue de cerca esta tendencia con su declaración que equivale a un reconocimiento tácito de Israel y de su derecho a la seguridad regional. No obstante, ya se había desencadenado la reacción contra esta tendencia. A Sartawi, quien había mantenido estrecho contacto (auspiciado por la OLP) con miembros del Consejo Israelí para la Paz Palestino-Israelí (con personalidades como Avnery, Eliav y Peled), su postura le costó la vida.

En términos generales, la respuesta de la OLP hacia distintas iniciativas internacionales de paz ha variado de acuerdo con las garantías que estas propuestas han mostrado en el sentido de tomarlas en cuenta como parte fundamental del pro-

ceso de negociación y, consecuentemente, en la medida en que se ha dado esta condición, la OLP se ha mostrado menos renuente a insistir en el dogma de no hacer concesiones frente a Israel —tenemos como ejemplos las reacciones positivas al Comunicado Conjunto Vance-Gromyko de 1977, a la iniciativa de Brezhnev en 1981 y a las soluciones de la Cumbre de Fez de 1982.

Los obstáculos internos a la posición negociadora de la OLP

El obstáculo fundamental al desarrollo ulterior de la posición negociadora de la OLP —esto es, en torno a la naturaleza, número y grado de las concesiones políticas y militares que pueda realizar en una negociación— se da en el efecto que pueda tener sobre su propia cohesión organizativa. Esto significa que cualquier desequilibrio en el nivel de las concesiones, como parte de las negociaciones, implica arriesgar la precaria unidad de la OLP y, en un caso extremo, su propia existencia. El “arreglo político”, cuyos resultados y corolarios son en sí bastante inciertos, propone una probabilidad alta de osificación de la revolución palestina respecto a su meta estratégica, por lo que los límites doctrinales de la posición palestina resultan esenciales para el mínimo mantenimiento de la cohesión entre las diversas facciones de la OLP bajo una sombrilla organizativa y estratégica amplia, pero unitaria, a pesar de divergencias ideológicas y tutelas políticas competitivas por parte de diferentes gobiernos árabes. La fragmentación geográfica, social e ideológica de la base política de la OLP se erige como fundamento del obstáculo al desarrollo de la posición negociadora. Esta fragmentación se expresa en la problemática de la tutela y el faccionalismo en la resistencia palestina, en la discusión de los medios políticos y los medios militares en la estrategia, en el peligro de escisiones definitivas en el movimiento, en el problema de la representatividad, y en las perspectivas de un cisma estratégico en el seno de la resistencia.

Trayectoria de la problemática de la tutela y el faccionalismo

Entre las resoluciones del último CNP (Argel, febrero de 1983) se hace hincapié en la posición de independencia de la resistencia y “su decisión de resistir toda presión que pretenda influir en su política independiente, venga de donde venga, y sea quien fuere el que lo intente”. Esta afirmación de principio es tan sólo un reconocimiento de la problemática de la tutela y el faccionalismo que históricamente ha aquejado a la resistencia palestina desde sus comienzos. Hablando sobre los “peligros de la tutela”, en una reunión de las fuerzas palestino-progresistas (Beirut, febrero de 1976), el líder palestino Abu Iyad aludía así a la posición siria: “Que no quede lugar a dudas, la revolución sabe, por la historia de otras revoluciones en el mundo, que cualquier revolución que se coloca bajo la tutela de cualquier régimen está destinada a ser devorada por este régimen en última instancia”.² Era necesario observar solamente el desarrollo de la resistencia para poder deducir esta lección. En ella ha insistido mucho Gérard Chaliand, uno de los principales críticos de la estrategia del nacionalismo palestino. Según él, la debilidad fundamental del movimiento nacional palestino radica en el no haber nunca verdaderamente afirmado su independencia con respecto a los Estados árabes. Esto ha trascendido a una atomización organizativa de grupos directamente controlados por los Estados árabes. Chaliand considera que esta atomización es singular en la historia de los movimientos de liberación nacional, más aún si se toma en cuenta que el pueblo palestino es relativamente pequeño y se encuadra en un marco étnico, lingüístico y religioso relativamente homogéneo.³ Quien verdaderamente ha hecho un análisis que llega a la médula de este problema es Khalil al-Hindi (antiguo miembro del Comité Central del FPDLP). Considera que el problema de la multiplicidad

² Citado en *Palestine!*, Vol I, No. 1 (April 1, 1976) p. 6.

³ Gérard Chaliand. “La résistance palestinienne ou l’excès de verbalisme”, en *Mythes révolutionnaires du Tiers Monde* (París: Editions du Seuil, c1976, pp. 114-115).

organizativa es central en la estrategia palestina. Se ha atribuido este problema a las tentativas de los diversos regímenes árabes de cercar a la resistencia mediante la creación de grupos directamente vinculados a ellos. No obstante, esta interpretación elude el mecanismo que permite que dichos regímenes puedan tener éxito en establecer sus propias organizaciones. Al-Hindi cree que este problema no puede aislarse de los efectos de la dispersión del pueblo palestino. El hecho de carecer de una estructura social independiente y unificada predispone a los palestinos a una incorporación en las estructuras sociales de los países anfitriones, haciéndoles más vulnerables a las tendencias ideológicas del mundo árabe, al grado de que la ayuda financiera de los regímenes a sus organizaciones satélites constituye tan sólo un factor secundario en esta dependencia. La gran mayoría de las fuerzas políticas árabes se ven representadas en la resistencia, a nivel ideológico y práctico: el Movimiento Nacionalista Árabe, el Ba'ath sirio, el Ba'ath iraquí, la "Nueva Izquierda", el nasserismo, los PC's árabes, etc. Cada organización refleja el *status*, fuerza y capacidades de la tendencia árabe representada. Al-Fatah, como fuerza dominante de la resistencia, no ha podido imponerse del todo por estar precisamente atada al equilibrio de fuerzas de los Estados árabes. Se ha visto imposibilitada para asumir una posición política única y sostenida (diferenciada nítidamente de otras fuerzas políticas) porque esto implicaría choques con los regímenes árabes que respaldan a fuerzas políticas particulares.⁴

Todo esto nos lleva a concluir que la independencia ante los regímenes árabes es la precondition básica para salvaguardarse del problema de la atomización organizativa. Considerando a la resistencia como un factor desestabilizador del orden social y político establecido de los Estados árabes, se condiciona un equilibrio bastante precario entre su estrategia externa y su consenso interno. Por ello es necesario garantizar, en la medida de lo posible, la no intervención de los países

⁴ Khalil al-Hindi, "An End", en Russell Stetler (editor), *Palestine: The Arab-Israeli Conflict* (San Francisco: The Ramparts Press, c1972) p. 296.

árabes en la libertad de movimiento de la resistencia, a cambio de una no interferencia en los asuntos domésticos de dichos Estados.

En su trayectoria, el problema de la tutela y el faccionalismo es un resultado directo del proceso de desarrollo histórico de la segunda fase del nacionalismo palestino, inserto en el marco fragmentario del nacionalismo árabe amplio en los años cincuenta y principios de los sesenta, por una parte, y, por otra, de la dependencia funcional que la resistencia palestina ha tenido respecto a los Estados árabes en términos de apoyo militar, logístico, económico, político y diplomático. Como tendencia dominante de la OLP, Al-Fatah ha proyectado su perspectiva estratégica en la autonomización de la resistencia respecto a los intereses específicos de los Estados árabes, poniendo a los intereses netamente palestinos en el centro de su mira estratégica. Aunque se reconoce la dependencia de los Estados árabes como un hecho ineludible, al menos por ahora, se pretende balancear y equilibrar en la medida de lo posible esta dependencia entre las distintas opciones que presentan los potenciales socios estratégicos de la OLP. Como tendencia hegemónica en la Organización, Al-Fatah puede permitirse desarrollar una posición autonomista respecto a sus vínculos con el entorno árabe; las otras organizaciones, relativamente minoritarias en cambio, deben buscar apoyos específicos (y no difusos, como en el caso de Al-Fatah) entre los Estados árabes para poder contrapesar el hegemonismo de Al-Fatah en el seno de la OLP. El problema ahora es que la tutela y el faccionalismo han logrado penetrar e irradiarse al interior del propio Al-Fatah, particularmente a raíz de la erosión de la posición militar de la OLP en el Líbano.

La discusión de los medios políticos y los medios militares

La onerosa derrota árabe en la guerra de junio de 1967 erosionó la validez de la guerra convencional árabe para la liberación de Palestina y dio lugar a la opción estratégica guerrille-

ra, la que, a su vez, se ha visto sistemáticamente arrestada en su desarrollo por una crisis casi endémica de las bases logísticas de operación al exterior del territorio nacional (en donde la guerrilla se ha desgastado al afrontar contradicciones secundarias) y por los serios obstáculos logísticos para su inserción en los territorios ocupados (lo que le daría a la lucha el carácter de una verdadera "guerra popular de liberación nacional"). El fracaso de la estrategia convencional árabe en 1967 plantea la idea del "arreglo político", en sus distintas manifestaciones. Para los regímenes árabes esto cambia el peso de su perspectiva de la concentración militar contra Israel hacia la limitación de la guerrilla, con el fin de imponerle un verdadero control de movimientos. Esto nos permite concluir que los Estados árabes sí quieren la paz, y están dispuestos a pagarla al precio de la neutralización de la resistencia palestina. Por otra parte, la guerra de octubre de 1973 inicia un proceso político que en algunas fases parecía desbloquear las posibilidades reales de negociación, particularmente después de las Cumbres árabes de Argel (noviembre de 1973) y de Rabat (octubre de 1974). Se trataba de inscribir a la OLP en una tendencia progresiva hacia el "arreglo político", que de cualquier forma parecía inevitable, con o sin su participación. En esta tendencia, la OLP se inscribiría con un derecho reconocido de veto de cualquier propuesta de "arreglo político" que no contemplara los intereses palestinos como parte crucial. La respuesta de la comunidad internacional a la campaña diplomática de la OLP durante la segunda mitad de los años setenta de alguna forma parecía limitar la capacidad de los Estados árabes de desentenderse de la OLP como parte principal del "arreglo".

La tendencia "política" se consolidó progresivamente en el seno de la Organización (apoyada por las figuras como Hawatimah o Abu Iyad), en el sentido de rescatar la oportunidad histórica extendida por la coyuntura política del momento. En las condiciones militares precarias de la resistencia era precisamente esta postura "moderada" la que podía desbloquear la situación hacia el logro de una base independiente desde donde podía proseguirse la lucha y, sobre todo, expresarse

libremente las verdaderas relaciones de poder en el seno de la resistencia para dar cabida a una verdadera unificación organizativa. Por otra parte, en una lucha prolongada, era necesario que existieran objetivos intermedios. La posición de "todo o nada" no sólo era inmadura desde la apreciación objetiva de las circunstancias tácticas, sino que además se erigía como obstáculo al establecimiento parcial de la relación entre el pueblo palestino y su territorio. Esta relación es fundamental para la resolución de las contradicciones en el propio seno de la sociedad palestina, lo que de alguna forma llenaría funcionalmente a las consignas revolucionarias de la resistencia, imprimiéndole un sello ideológico más preciso a su Organización.

Desde su Programa Político de 10 Puntos, elaborado en 1974, la OLP hace un reconocimiento tácito de los límites reales de los medios militares en su estrategia de lucha nacional, centrándose más en las tácticas políticas. La OLP ha sabido capitalizar una trayectoria de derrotas militares —en la Cisjordania y Gaza entre 1968 y 1970; en Jordania en 1970-1971; y en el Líbano en 1976, 1978 y 1982— para transformarlas en victorias políticas al situarse en el centro de la atención internacional para obtener apoyo diplomático a la creación de un Estado palestino y ser reconocida como una parte esencial en cualquier negociación del conflicto árabe-israelí. Esta capitalización se fundamenta tanto en una de-legitimación progresiva de las posiciones de Israel y de ciertos regímenes árabes ante la opinión pública internacional, como en una toma de conciencia táctica de la evolución del proceso político regional por parte de la OLP. En el momento de una devastadora derrota militar, en donde fue notable el desempeño de la resistencia palestina al sitio israelí de Beirut occidental en el verano de 1982, la OLP obtiene una victoria política relativa al consolidar una medida crucial de reconocimiento *de facto* por parte de Estados Unidos. Actuando sola en la primera guerra palestino-israelí, durante la crisis libanesa la OLP demuestra su agilidad política al situar al problema palestino en el centro de la atención. Persuade a la opinión pública internacional de que la autodeterminación nacional palestina es precondition necesaria para una paz real en el Medio Oriente. De hecho,

Arafat transforma la negociación técnica de la evacuación de la guerrilla de Beirut en una gran discusión mundial del problema palestino. La OLP debe mantenerse políticamente intacta, como único cuerpo capaz de encarnar al nacionalismo palestino y de negociar con Israel. Al poseer el monopolio de la legítima representación palestina, la OLP debe preservar el orden hegemónico en su seno, negociando cuidadosamente un consenso interno respecto a fases tácticas que puedan comprometer las metas estratégicas.

La naturaleza de las concesiones que la OLP tendría que hacer en este proceso introdujo una cuña estratégica al darse la contrapropuesta de la tendencia que tenía argumentos objetivos para exponer la incertidumbre de los resultados de un "arreglo político" plagado de capitulaciones estratégicas. Shaul Mishal piensa que el "arreglo político" no puede tratarse meramente como una cuestión táctica o como la simple práctica de una política, ya que su aceptación conlleva necesaria y prácticamente una renuncia a la opción militar, lo que a su vez, implica una renuncia a los objetivos últimos de la resistencia palestina. El "arreglo político" incidiría sobre la propia naturaleza del Estado palestino: un Estado truncado, emasculado y satélite. . . un *Filastimistan* en vez de una *Filastin*.⁵ De alguna manera, la discusión sobre el "arreglo político" tiene como trasfondo una noción de "transitoriedad" del Estado palestino. Faruq al-Qaddumi pretende exorcisar la polémica de la esclerotización de la revolución palestina en el miniestado mediante un argumento que establece una clara diferencia entre las condiciones propicias para una "paz interina" (*salam marbali*) y una "paz permanente" (*salam da'imī*).

Los efectos de la invasión israelí al Líbano sobre la OLP

Como efecto fundamental de la invasión israelí al Líbano sobre la OLP tenemos el problema de que la negociación política sólo funciona necesariamente con un sustrato mínimo

⁵ Mishal, *op. cit.*

de credibilidad militar en que apoyarse: no sólo en términos de una amenaza, molestia o desgaste de la seguridad de Israel, sino que también como preventivo de políticas árabes capitulacionistas que pasen por alto los intereses palestinos, o bien para garantizar la supervivencia física de la población de refugiados palestinos asentados en los países árabes. En este sentido, la fuerza militar palestina fuera del Líbano carecería de toda credibilidad, como elemento esencial de un poder negociador. Es así que los gobiernos de Begin y Shamir han querido destruir la capacidad de negociación de la OLP, y Siria ha querido captar y subordinar esta capacidad para capitalizarla, y así retroalimentar sus propios recursos de negociación, ya algo desgastados. Así Siria subordina la capacidad negociadora de la OLP a sus intereses específicos.

En su apoyo a los grupos secesionistas de la OLP encabezados por Abu Musa, Siria pretende someter a la Organización a su concepción interesada del "arreglo político", amenazando establecer su propia versión de la OLP como una renovada pretensión al hegemonismo regional, situándose en la corriente central de las negociaciones hacia el "arreglo político". Encubre Siria su intención de fondo con una cortina de humo que critica duramente lo que considera como la capitulación militar de la tendencia política autonomista en el seno de la OLP. Para imponer su versión del "arreglo político" Siria pretende rescatar y subordinar la credibilidad militar de la OLP como recurso para reforzar su propia capacidad negociadora. Libia, por su parte, busca insistente y recurrentemente salir de su aislamiento secular en la política intetárabe, sirviendo de paso, yo diría ingenuamente, a los intereses sirios, sin, de hecho, tener una conciencia muy clara de cómo va a usufructar el trabajo sucio que le hace a Siria, ya que se trata de una alianza táctica coyuntural, cuyos beneficios a largo plazo para los libios resultan ténues y dudosos.

El problema de la representatividad

La primera resolución del 16 CNP (febrero de 1983) refleja una antinomia entre la realidad y el deseo, al establecer que

la batalla del Líbano “ha reforzado la unidad nacional palestina en todos sus aspectos, la alianza de todas las organizaciones al interior de la OLP, forjando más organización y liderazgo colectivo. . .”. La posición hegemónica de Al-Fatah, como la tendencia de más peso en la OLP, está supeditada al mantenimiento de un marco mínimo de consenso en lo que toca a la estrategia y la táctica. La erosión paulatina de este consenso, no sólo en sus relaciones con los otros frentes de la Organización, sino también en el propio seno de Al-Fatah, suscita un grave problema de representatividad para la OLP. Se cierne la duda sobre la unicidad de la Organización en la representación de los intereses palestinos —un hecho que el enemigo y sus socios estratégicos siempre han pretendido contestar y desacreditar— y se da marcha atrás respecto a un largo y arduo proceso de inserción de la OLP en su base, y de reconocimiento como interlocutor legítimo y viable por parte de la comunidad internacional. Se pone en peligro, así la mayor victoria política hasta ahora alcanzada por la Organización.

Cabe destacar que la inserción de la OLP, particularmente de Al-Fatah y del FDLP, en la Cisjordania y Gaza, ha sido un proceso largo, difícil y lleno de tensiones por las tentativas tanto jordanas como israelíes de crear liderazgos políticos locales alternativos a los que se encuentran vinculados con la OLP (*vgr.* la clase política tradicional del notabilato *prohachemita* o las Ligas de los Pueblos apuntaladas por Israel).

Perspectivas del cisma estratégico en el seno de la resistencia

En las perspectivas del cisma estratégico en el seno de la resistencia palestina resulta fundamental tomar en consideración la proyección dinámica de las fuerzas sociales en la Cisjordania y Gaza, particularmente en su relación con el desarrollo de un liderazgo político viable bajo las condiciones extremas de represión política de la ocupación israelí. En el caso de la población palestina de la Cisjordania y Gaza, cabe preguntar-

se hasta qué punto no se revertirá hacia una introspección localista del nacionalismo palestino que contemple la necesidad urgente de un "arreglo político" desfavorable para salvar lo que todavía sea salvable ante la sistemática política de ocupación israelí de crear hechos consumados de difícil reversibilidad. La mira estratégica de los territorios ocupados tiene al factor "tiempo" como elemento crucial. Se trata de una estrategia de emergencia de salvamento, y no de recuperación. Las necesidades e intereses concretos de los territorios ocupados se antepondrían a los de la nación palestina en su sentido extenso.

Se cierne como una enorme duda en las proyecciones de un cisma estratégico de la resistencia el beneficio de los medios políticos sobre los militares. Cabría preguntarse hasta qué punto el "arreglo político" propone una solución en la que tengan cabida los intereses de los fragmentos de la diáspora palestina asentados fuera de la Cisjordania y Gaza, particularmente las poblaciones de los campamentos de refugiados. Considerando que el grueso de los refugiados proviene del Occidente de Palestina (ahora el Estado de Israel), es obvio que el "derecho al retorno" se vincula más estrechamente con el objetivo maximalista de la liberación de todo el territorio de Palestina. Por otra parte, la capacidad real que el mini-Estado palestino tendría para absorber a la población de refugiados parece limitada. En este sentido podemos plantear cierta territorialidad y, consecuentemente, perspectivas muy circunscritas a los distintos grupos de población palestina, como un sustrato importante en las tendencias implícitas en un cisma estratégico de la OLP.